

Trotsky y los acertijos de la Perestroika

No estuve jamás ligado a alguna corriente del trotskismo militante; tampoco me vi envuelto nunca en disputas teóricas o doctrinales con esa variante del marxismo. De hecho, conozco poco el pensamiento de Trotsky. Si acaso leí, en mis épocas de estudiante, su autobiografía, y más tarde aquellos espléndidos libros de Isaac Deutscher sobre la vida y la obra de Trotsky, así como su biografía de Stalin.

Los vendajes ideológicos impuestos sutilmente por el aparato estalinista de entonces cegaban a todos, marxistas o no, socialistas o liberales, deslizándose sospechas muy generalizadas sobre el papel internacional del trotskismo. Sus ideas, se repetía por todos lados, no sólo respondían a un mero resentimiento personal, sino servían maravillosamente a las conspiraciones de la CIA. No estudiamos, pues, los libros fundamentales de Trotsky, y menos aún los escritos de sus seguidores. Los he empezado a leer ahora, gracias a la Perestroika. Y con inesperados hallazgos.

No es mucho lo que podría decir entonces sobre las relaciones directas o indirectas entre Trotsky y la Perestroika o el mundo contemporáneo, que es casi lo mismo. Pero no se trata sólo de hablar o comentar algo sobre dichas relaciones, sino de reflexionar un poco acerca de las sorprendentes transformaciones que han ocurrido en Europa Oriental, incluyendo a la propia Unión Soviética; transformaciones o cambios que de muchas maneras han empezado a modificar aceleradamente todo el escenario internacional.

Me gustaría concentrarme brevemente en tres consideraciones que pueden estar cercanas al tema mencionado. Y formular también algunas preguntas. En primer término, la inevitable asociación entre las conmociones ocurridas en el mundo comunista oficial y las reiteradas "predicciones" hechas en el mundo capitalista acerca del colapso final del imperio comunista, o "Imperio del Mal", como gustaba decirse hasta hace muy poco en los Estados Unidos. Estas predicciones no aluden únicamente a las debilidades estructurales de ese sistema frente al capitalista, sino se refieren sobre todo a la propia doctrina en que proclamó sustentarse el comunismo soviético, es decir, la teoría marxista, que ahora mostraría, por fin, su plena falsedad, sus errores y sus engaños. Como contrapartida, recuérdese de pasada que también el comunismo militante, a su vez, predijo siempre el inevitable colapso del capitalismo.

Estas predicciones sobre el derrumbe de las teorías y los

regímenes comunistas se basaban fundamentalmente en el supuesto de que la Unión Soviética y sus satélites representaban la encarnación del socialismo por antonomasia. Recuérdese nuevamente que el propio régimen estalinista proclamó siempre que la URSS era la victoria definitiva e irreversible del socialismo. Sería el tema de una segunda consideración.

En estas controversias teóricas, hasta donde me alcanzan mis nuevas lecturas, Trotsky podría revelarse ahora como una nueva fuente de investigaciones, análisis y reflexiones destinadas a dirimir en los próximos tiempos el futuro del socialismo. El fundador del Ejército Rojo y del propio Estado Soviético no creyó nunca —ya en el exilio, es cierto— en ninguna de las dos versiones mencionadas. En la gran controversia teórica o doctrinal que ha promovido en el mundo la Perestroika, es muy probable que Leon Trotsky tenga mucho que decir ahora. Será la tercera consideración.

* * *

Cuando el proceso de la Perestroika ha pasado, entre otras cosas, por el derrumbe intempestivo y sucesivo de los regímenes comunistas en Hungría, Polonia, Alemania Democrática, Checoslovaquia, Rumania y casi en Bulgaria (incluyéndose después, como "síntoma" altamente significativo, la llamada "crisis de las Embajadas" en Albania y Cuba), para muchos occidentales se trata no solamente del fracaso histórico del comunismo, sino es ya, al mismo tiempo, el cortejo fúnebre del marxismo como teoría y programa revolucionario, y aun del socialismo en general, por "humano" que pudiera ser su rostro.

En ese estado de euforia, el viejo delirio anticomunista ha llegado hoy a niveles de verdadero paroxismo: el desplome soviético vendría a confirmar nada menos que el tan esperado triunfo final del capitalismo, el fin de las ideologías, el crepúsculo de la amenaza comunista, en suma, la derrota del Mal y el imperio definitivo del Bien. Es sintomático, por ejemplo, que de pronto un oscuro analista del Departamento de Estado, basado en un supuesto "diagnóstico" neohegeliano, haya deslumbrado a los norteamericanos al proclamar, una vez más, "El fin de la Historia" (aunque ahora aparentemente con mayor credibilidad por lo que está ocurriendo en Europa del

Este). Se trata del modesto y hasta ahora desconocido teórico Francis Fukuyama¹.

La articulación de este "final" de la Historia con el otro final, el de la Guerra Fría –fruto también de la Perestroika–, ha producido ya reacciones y preguntas escalofriantes; entre otras, ésta, por ejemplo: ¿vamos a entrar, ahora sí, en aquella "redistribución planetaria" que los europeos de Occidente, al terminar la segunda guerra mundial, creían percibir como solución eventual de la disputa entre las superpotencias? Muchos pensaron inquietos que dicho reparto del planeta podría ser tal vez el preludio de un mundo parecido al que había descrito la fantasía de George Orwell.

* * *

También se llegó a pensar que la Perestroika y sus dramáticas repercusiones en Europa –y en el mundo entero a la postre– parecerían implicar, entre otras cosas, un inesperado proceso de abolición lógica: la invalidez final de cualquier tipo de "leyes históricas". Otro gran final. Se creyeron encontrar antecedentes "científicos" del fenómeno en el terreno de las ciencias naturales, donde el siglo XX inauguró graves resquebrajamiento en la concepción tradicional del mundo, al introducir en la física clásica las incertidumbres y las variantes asombrosas de la física cuántica y la teoría de la relatividad. Se conmovieron seriamente los cimientos teóricos de aquello que parecía inmovible: los *principios* y las *leyes naturales* que aseguraban la causalidad y permitían la predictibilidad de los fenómenos. Ahora parecía imponerse, como mejor criterio de validez, la misteriosa "ley de las probabilidades", dentro de un marco aún incomprensible de meras ecuaciones contables, en el que no había ya lugar para las antiguas inferencias apodícticas.

¿Sería vigente también la teoría de las probabilidades en los procesos históricos, sustituyendo en el fondo a las complicadas *leyes económicas y sociales*? Como en una ruleta colosal: sin lógica interna, sin leyes inmanentes, sin procesos causales, la historia podría revelarse de pronto como algo simplemente errático, azaroso, imprevisible e incontrolable. ¿Sería éste uno más de los enigmas invisibles de la Perestroika? ¿Lo "irreversible" (el socialismo) habría comenzado a dar acelerones en sentido contrario, en franco retroceso? ¿Economía de mercado? ¿Privatización de empresas y capitales? ¿Apertura a la inversión capitalista extranjera? ¿Democratización política? ¿Es acaso todo eso, precisamente, el "fin de la Historia" y la llegada definitiva a la Tierra Prometida del capitalismo triunfante y su democracia liberal? En suma: ¿a ello conduce o puede conducir finalmente la Perestroika?

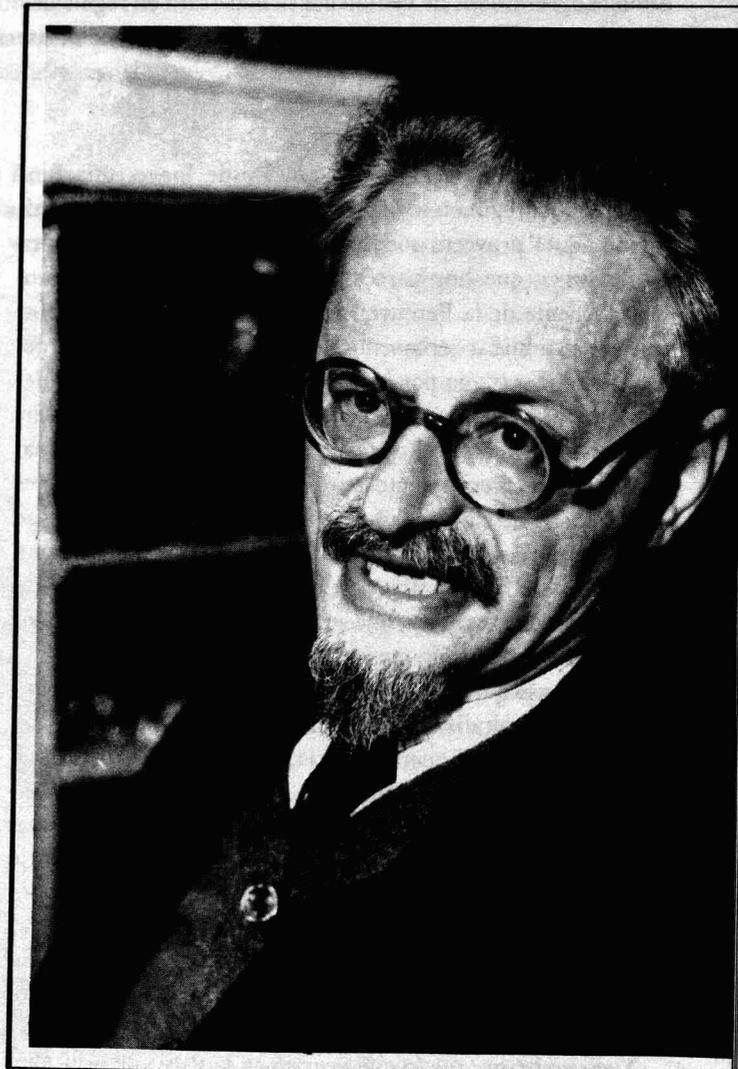
* * *

Éstas visiones del futuro no tienen nada de fantásticas; de hecho, se analizan ya como algunas de las posibles extrapolaciones temporales o "históricas" de la Perestroika, y quizá no sólo en los Estados Unidos o en Europa Occidental, sino también en la propia Unión Soviética. Aun marxistas tan sólidos como Paul Sweezy no parecen sentirse ya muy seguros sobre el porvenir del socialismo: ante las incógnitas inmediatas, prefiere remitirse a lo que *quizá* nos depare el destino en el próximo milenio y en una época que no veremos ya: "Dentro de un siglo aproximadamente, o quizá antes, habremos pasado el punto de regreso... si el socialismo significa que hay que emplear la inteligencia del hombre para satisfacer las necesidades humanas (como Marx pensaba que se emplearía), entonces es igualmente obvio que no existe otra posibilidad de salvación".² Es una conclusión dramática, sin duda, pero equivale a algo así como quedar colgados de la brocha histórica.

Hay otras preguntas: ¿Estamos acaso ante la aparición de un nuevo *síndrome* de la Perestroika? ¿Una rara incertidumbre existencial sobre el futuro, un sentimiento de incógnita ante la historia, un no saber ya a dónde vamos, una amenaza de inestabilidad general, de peligros indeterminados? ¿Y a unos cuantos pasos del próximo milenio! ¿Nos habremos quedado ya sin lógica histórica, sin brújula metodológica para imaginar siquiera

Hay otras preguntas: ¿Estamos acaso ante la aparición de un nuevo *síndrome* de la Perestroika? ¿Una rara incertidumbre existencial sobre el futuro, un sentimiento de incógnita ante la historia, un no saber ya a dónde vamos, una amenaza de inestabilidad general, de peligros indeterminados? ¿Y a unos cuantos pasos del próximo milenio! ¿Nos habremos quedado ya sin lógica histórica, sin brújula metodológica para imaginar siquiera

² Paul M. Sweezy, "¿Es éste el fin del socialismo?", en *La Jornada Semanal*, No. 62, 19. VIII. 1990, p. 29.



¹ Francis Fukuyama, "The End of History?", *The National Interest*, Summer 1989, pp. 3-18. En español apareció a principios de este año en la revista *Facetas*, distribuida por la Embajada de los Estados Unidos, y poco después en el periódico *El Día*, 29 de abril de 1990, dentro de su sección cultural *El Gallo Ilustrado*. No es este el lugar para comentar las tesis de Fukuyama, suficientemente discutidas en la prensa.

la cercana posteridad? ¿Estamos realmente en la antesala del triunfo definitivo del capitalismo y la disolución para siempre del proyecto socialista? ¿Es éste el "fin de la Historia" vaticinado desde el Departamento de Estado por su diminuto Hegel de bolsillo?

Los norteamericanos obviamente no saben que el verdadero Hegel había anunciado ya desde el siglo pasado el final de la Historia. Tuvo incluso la audacia filosófica de ponerle fecha: 1830. Pero la Historia se carcajeó otra vez del fallido vaticinio: Hegel murió un año más tarde, en 1831. Además, astuta y socarrona, la Historia se ensañó con él, jugándole poco después una broma pesada. Movi6 las cosas de tal suerte que su discípulo más aventajado, Carlos Marx, manejando al revés el gran aparato hegeliano —la dialéctica—, acabó por descubrir que la verdadera Historia ni siquiera había empezado todavía: a causa del trabajo enajenado, andábamos apenas, a lo sumo, en las postrimerías de la prehistoria.

Faltaban aún Lenin, Trotsky, el partido bolchevique, la Revolución de Octubre, el Estado Soviético; incluso Stalin, sus crímenes, la burocracia, los trabajos forzados en gran escala; la segunda guerra mundial, el proceso de la guerra fría, la era atómica, la amenaza imperialista, el embotellamiento del socialismo oficial; y en fin, como supremo final de década, de siglo y de milenio, las sorpresas de la Perestroika, el derrumbe de los sistemas comunistas en Europa Occidental, los cambios apresurados de vestimenta y de máscara en regímenes políticos, partidos y programas, para jugar a las escondidillas.

* * *

Pero hay todavía otras preguntas. Desde luego, una fundamental: ¿el régimen soviético y sus satélites encarnaron realmente aquel proyecto socialista del que se envaneció la era estalinista, y que hoy parece derrumbarse estrepitosamente bajo la picota de la Perestroika? Desde hace ya muchos años, se empezó a dudar seriamente de esa "victoria definitiva" del socialismo. Y no sólo por las purgas políticas, los crímenes del estalinismo, los fracasos de la economía soviética, o las intervenciones del Ejército Rojo en diversos países de su periferia, sino también precisamente por las apresuradas conclusiones que extraían de ello los Fukuyamas del momento. ¿Quiénes se habían equivocado realmente: los fundadores del "socialismo científico" o los constructores de la sociedad planificada llamada Unión Soviética, que se reclamaron siempre como los herederos legítimos de esos fundadores?

Marx pensó que el socialismo se instalaría básicamente sobre el edificio capitalista más avanzado en su época: Europa Occidental. Lo cual quería decir Francia, Alemania, más tarde quizá Inglaterra. Su hipótesis era muy simple: si por socialismo debe entenderse un sistema superior históricamente al capitalista, sólo puede entonces imponerse y prosperar a partir del propio capitalismo, de sus condiciones óptimas de desarrollo y por encima de ellas, aprovechándolas y superándolas como fase cualitativamente mejor de la historia humana. Un verdadero sistema socialista en tierra de escasez y retraso productivo era impensable.

Y sin embargo, fue lo que ocurrió en la Rusia de principios

de este siglo. No voy a extenderme en este asunto de sobra conocido y discutido. Pero cuando los reiterados fracasos de la economía soviética y sus graves crisis políticas dieron pábulo a las teorías apocalípticas sobre el inminente colapso del socialismo y su disolución histórica, tanto real como teórica, siempre resurgía la pregunta: ¿qué es lo que realmente ha fracasado? ¿Quiénes fueron en verdad los que se equivocaron? Las respuestas podían ser tan evidentes que no era ya ninguna originalidad mofarse alegremente de los vaticinios catastróficos. Pero en las circunstancias actuales, sería una cruel jugarreta histórica si resultase a la postre que el capitalismo también cayó en la trampa, al equivocarse de enemigo.

Trotsky, por su parte, vio con claridad las incongruencias y falsedades del socialismo soviético, y en su caso personal basado no solamente en los viejos cálculos de Marx, que recordó y repitió muchas veces, sino sobre todo por su experiencia directa en la Revolución de Octubre y el Estado Obrero que él mismo contribuyó a construir en forma relevante. No creyó nunca que la Unión Soviética de Stalin pudiese representar un auténtico sistema socialista y menos aún la victoria definitiva del socialismo. Sus análisis están sorprendentemente bien documentados, y aparecen hoy como frutos de un pensamiento lúcido y penetrante, al margen de las razones personales y las condiciones históricas que los produjeron. Es muy probable que al despejarse en estos tiempos la atmósfera de maniqueísmos ideológicos, sus obras ayuden quizás a desentrañar los acertijos planteados por la Perestroika. Entre otros, desde luego, el que venimos comentando: ¿dónde quedó o quedará por fin el socialismo?

* * *

¿Será realmente el "fin de la Historia", o es sólo una parábola, una metáfora, un simple juego de palabras o una broma alegre? En todo caso, los finales tienen siempre algo de patético: nadie sabe en verdad, bien a bien, cómo van a ser las cosas después. Y en el ajetreo del socialismo, para terminar por ese lado de la trama, lo más probable es que sus epígonos del siglo XXI puedan descifrar mejor que nosotros el mensaje oculto en aquel "cementerio de pasiones" de que hablaba Hegel, con el que podría empedrarse quizá su eventual camino en el futuro. Si se componen las cosas, tal vez no será necesario esperar el siglo entero que Paul Sweezy propone como plazo máximo.

¿Habrá entonces un lugar para Trotsky, al lado de los Marx, los Engels, los Lenin...? ¿Se le abren hoy las puertas del reconocimiento histórico no sólo como una inaplazable rehabilitación y un justo desagravio, sino también por descubrirse finalmente en su obra otro gran filón doctrinal para posibles tiempos nuevos del socialismo, objeto último de la Perestroika según Gorbachov?

Incluso podría ocurrir que en estas volteretas teóricas provocadas por tantos "finales" (de década, de siglo, de milenio, etcétera), se regrese una vez más a Marx, con alguna otra sorpresa: si la verdadera historia no ha comenzado aún, ¿sería muy descabellado pensar entonces que también el verdadero socialismo está apenas por aparecer? ◇